

Sé que esto no resuelve el problema de la cientificidad de la historia, pero al menos propone una mayor apertura en nuestra evaluación de las distintas disciplinas que componen eso que Bloch llamaba el "movimiento universal hacia el conocimiento". Comenzar este ensayo con una cita de *El doctor Arrowsmith* de Sinclair Lewis no es, en absoluto, gratuito. Uno de los observadores más agudos de la vida norteamericana, no puede menos que perforar todas las ideas acartonadas y dogmáticas que sobre el hombre de ciencia (sí, ese ser "al que todos los hombres agradables y bondadosos tienen necesariamente que odiar") nos solemos fijar. Después de todo, en términos del mismo Litvak, el arqueólogo es un personaje que también se tiene que preocupar por el pago de la colegiatura de sus hijos, de su renta y del cobro de su sueldo.

Javier Mac Gregor Campuzano
UAM-I

Steve J. Stern (comp.), *Resistance, rebellion and consciousness in the andean peasant world, 18th. to 20th. centuries*, University of Wisconsin Press, Madison, 1987. Friedrich Katz (comp.), *Riot, rebellion and revolution rural social conflict in Mexico*, Princeton University Press, Princeton, 1988.

Un "fantasma" recorre la historia social de América Latina, ese "fantasma" es el intento de repensar el papel del campesinado en la conformación de esta

región. Dicho esfuerzo queda plenamente plasmado en estas dos obras colectivas sobre el área andina y México, las cuales, no obstante tener diferencias cronológicas en cuanto al lapso cubierto, presentan grandes similitudes en las tesis y tipos de problemas que abordan.

La tesis general de la cual parten ambas obras es que el campesinado ha jugado un papel activo más que pasivo en la historia de estas regiones, consecuentemente, lo que se trata de averiguar son las formas específicas de esta participación. En uno y otro caso, tenemos a un campesinado que a lo largo de su sinuosa trayectoria, ha ido desde la "resistencia estratégica" al dominio externo, pasando por la revuelta local y/o regional hasta llegar a la participación en grandes movimientos que cuestionan el orden establecido y que, si bien "fracasan" (rebelión de Tupac Amaru en el siglo XVIII) o "triumfan" (México en 1810-1820 y 1910-1920), en el ir y venir, han impuesto y arrancado concesiones más allá de lo que la historiografía tradicional había considerado; en uno y otro caso, también, estas nuevas investigaciones, siguiendo la línea trazada por Barrington Moore, Jr. y Eric Wolf, demuestran que las luchas campesinas, lejos de ser "bárbaras" y "aisladas", presentan una sofisticación en donde las alianzas/enfrentamientos con otros sectores sociales estuvieron a la orden del día. En suma, que el campesinado de estas áreas ha hecho política y lejos está de haber sido un simple barro en manos del "orfebre externo".

Pero el campesinado andino y me-

xicano no sólo sirve para probar las tesis delineadas por diversos científicos sociales en otras latitudes y condiciones, sino que aportan también nuevos problemas que necesitan ser repensados para la construcción de una "teoría sobre el comportamiento campesino". De particular interés resulta la sugerente hipótesis de Florencia Mallón, referente a la posibilidad de una "conciencia protonacional" entre los campesinos peruanos del siglo XIX, antes de que se consolide una "burguesía nacional" y un "mercado nacional". Aseveración que, si llega a corroborarse para una área más amplia de la estudiada (Junín y Cajamarca) por la autora, sería una ruptura en la interpretación tradicional de la necesidad de un burguesía para la consolidación de un Estado nacional; en la misma dirección apuntan los artículos de Alberto Flores Galindo y Tristán Platt: el primero, más cercano a la esfera ideológica, con su caso de estudio de la rebelión neoinca de 1805, encabezada por los criollos Gabriel Aguilar y José Manuel Ubalde en el Cuzco, muestra cómo la tradición indígena de retraer el pasado inca se difunde en diversos sectores sociales y toma cuerpo en una ideología popular, más allá de la mera manipulación de las fracciones dominantes; Platt, por su parte, centra sus preocupaciones en la relación política entre campesinos/criollos en la construcción del Estado nacional en el siglo XIX, precisando que el papel de los primeros fue más importante en este proceso de lo que se ha considerado.

Comparando los resultados que arrojan ambos libros, se pueden ob-

tener sugerentes propuestas para futuras investigaciones. Por ejemplo, la tesis inicialmente propuesta por Moore, Jr. (1966) y después retomada por Wolf (1969), sobre la mayor factibilidad de que sucedan rebeliones donde los poderes centrales son más fuertes y no donde se hallen segmentados, ofrece un resultado contrastante si se comparan los casos andino y mexicano en la época colonial. En el primer caso, tenemos la coexistencia de un poder centralizado con rebeliones endémicas en los siglos XVI y XVII que concluyen con la Gran Rebelión de Tupac Amaru en el siglo XVIII; en el segundo, por el contrario, con un poder "similar" la "pasividad agraria" fue la característica hasta la guerra de Independencia de 1810. Continuando con esta línea de análisis, gran parte del siglo XIX en ambas regiones fue de poderes políticos segmentados pero, por un lado, tenemos a la zona andina con una disminución sustancial en el número de rebeliones y, por el otro, la proliferación en gran escala en México, de movilizaciones campesinas de gran envergadura. Estas paradojas que retan a la hipótesis de Moore, Jr. y Wolf, nos llevan a una disyuntiva: o se ha exagerado el papel del poder centralizado en la época colonial o se ha minimizado el poder segmentado de los "débiles" gobiernos republicanos del "anárquico" siglo XIX; o, más ampliamente la tesis de Moore, Jr. y Wolf no se aplica a la realidad latinoamericana y tendremos que considerar otras determinantes como causantes de la protesta agraria. La respuesta, obviamente, sólo la podrán dar las investigaciones futuras.

Por lo que respecta a la participación exclusivamente indígena en los diversos movimientos sociales, también el análisis comparativo de ambas regiones ofrece grandes posibilidades. Por un lado, el caso andino muestra una línea consecuente de participación de la población autóctona, no sólo en los movimientos locales sino en los de gran envergadura, siendo a la vez, los lugares donde se desarrollaron las grandes rebeliones del siglo XVIII; en contraste, México ofrece una innegable participación de los indígenas en todas las protestas; pero mientras los núcleos indígenas fueron los centros de los levantamientos locales, las zonas no indígenas jugaron el papel de centros en las luchas de gran envergadura, tales como la guerra de Independencia (el Bajío, una región más bien mestiza que indígena) y la revolución (el norte de México, región criolla y mestiza; aunque el caso de Zapata y su región desmienten parcialmente esta aseveración: debería en el futuro, investigarse qué "tan indígenas" eran las huestes zapatistas); no obstante ello, también la participación indígena fue importante en estos últimos casos. Lo que este contraste abre, para ambas zonas, es la necesidad de replantear el papel de las alianzas campesinas con otros sectores sociales en los diversos movimientos de protesta. Tarea que, nuevamente, las investigaciones futuras desarrollarán.

Ambas obras, por otra parte, ofrecen algunos desequilibrios en cuanto a su estructura y contenido: no obstante que Steve J. Stern llama la atención sobre la necesidad de ver las formas de "resistencia estratégica" en los siglos

XVI y XVII, los ensayos parten del siglo XVIII. En el mismo sentido, no obstante que se llega hasta el siglo XX, únicamente se abordan casos de Bolivia y se deja de lado al Perú. Considero que, para tener una visión más cabal de la región, se deberán ampliar los horizontes: por un lado, a las postimetrías de la época prehispánica y a los siglos XVI y XVII; y por el otro, a los movimientos peruanos del siglo XX; por su parte, la obra de Friedrich Katz, ofrece un intento de incorporar el final del periodo prehispánico en el análisis, pero, paradójicamente, el artículo de John H. Coatsworth, que tiene el cometido de ser una introducción que ubique el caso mexicano en la perspectiva latinoamericana, únicamente cubre el lapso que va de principios del siglo XVIII a finales del XIX. Una segunda edición debería, en consecuencia, incluir un capítulo introductorio que integre las tres grandes épocas de la historia de México: prehispánica, colonial y republicana.

Lo cierto es que estos ensayos, con sus virtudes y defectos, tienen, por una parte, el innegable valor de ser pioneros en su género y corresponde a otros estudiosos corroborar, contradecir o ampliar las hipótesis planteadas y, por la otra, la de revalorar el papel del campesinado andino y mexicano, la de ese vasto sector social cuya activa participación a lo largo de la historia de ambas regiones no ha recibido la recompensa que merece.

Carlos Sánchez Silva
UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA-
SAN DIEGO